

avanzadas del grupo «Clarté» podían alarmar a los timoratos y a «los que no comprenden» (que diría Remy de Gourmont), quienes tacharían esas tendencias con el mote de «socialismo revolucionario».

Yo sonreí, mirando los frisos y arabescos que adornaban el techo de aquella mansión elegante, y aspirando, por la ventana abierta hacia la amplia terraza, una suave fragancia de jazminez. Y pensé:

—Lo cierto es que no se puede soñar con un socialismo más elegante.

Y apuré el último sorbo de mi taza de chocolate.

XVI

Atlantic Coast, octubre 28, 1920.

CORRIENDO hoy el tren, a lo largo de la costa de la Florida, he visto, a un lado y otro de la vía, cuál se yerguen, majestuosos y gentiles, los pinos nuevos.

¡Los pinos nuevos! Al punto, he pensado en Martí. Al cruzar por estos mismos parajes, cuando se dirigía hacia Cayo Hueso, donde había de fundar el Partido Revolucionario Cubano, Martí vió erguirse, bajo la caricia del sol, los pinos nuevos, al lado del pino viejo fulminado por el rayo. De ahí su hermoso símbolo, que conserva, al través del tiempo, la conciencia cubana: los pinos nuevos son la generación que surge, briosa, altiva, resuelta, capaz de las más altas y arriesgadas empresas. Los pinos nuevos son la esperanza.

Aquellos pinos nuevos que vislumbró Martí han cumplido ya su misión. ¡Veintiocho años há que pasó por aquí el Apóstol! Robustos aún algunos, deshechos otros por el tiempo y las tempestades, aún se ven hoy, sin duda, los pinos que él vió jóvenes todavía.

Estos otros pinos que yo ahora contemplo forman la legión nueva de la selva. Tienden las ramas angulosas hacia el cielo, como en una suprema aspiración de aprisionar en su copa las estrellas.

Tal sucede también si trasplantamos el símbolo al momento histórico actual. La generación de Martí rinde ya sus armas. Nuevas generaciones se levantan. ¡No destruyamos en ellas la fe en el porvenir! En ellas germina, primaveral y gallarda, la flor del ideal. ¡Salve a los pinos nuevos!

XXVI

EXPOSICION DE FLORES

Nueva York, noviembre 6, 1920.

LA Sociedad de Horticultura de Nueva York celebra en estos momentos una

exposición de flores en el Museo de Historia Natural. El aspecto que ofrece dicha exposición es en sumo grado interesante.

Lo primero que atrae nuestra vista, a la entrada del edificio, es la exposición de crisantemos. La misteriosa y atrayente flor japonesa, puesta de moda por los poetas de 1900, se presentó en mil aspectos variados y diferentes. Crisantemos minúsculos como una siempreviva, forman contraste con enormes crisantemos de más de un pie de diámetro: los hay blancos como la piel del armiño, amarillos como el trigo y como el girasol, rojos como la cejeza...

La mano del horticultor se advierte en la presentación de las plantas: una armazón invisible de alambre presta formas caprichosas a cada mata florecida. Hay algunas que simulan un hemisferio de tres metros de diámetro, del cual brotan, respetando la tromba majestuosa, centenares de flores; otras se asemejan a un abanico; otras a un original arabesco. Tres primeros premios fueron discernidos: uno, a un manojo de crisantemos blancos y gigantescos, semejantes a bolas de nieve; otro, a un abanico inmenso de crisantemos rojos; otro, a un hemisferio de crisantemos de oro, semejante a un amplio parasol verde tachonado de floraciones de luz.

¿Y las rosas? Purpurinas, sonrosadas, amarillas y blancas, eran deleite de la vista. También los claveles, con su aroma embriagador y su multiplicidad de colores, a veces combinados: claveles blancos salpicados de sangre; claveles rojos matizados de oro. Ejemplares perfectos, maravillosos, de variados tamaños, de rosas y claveles.

La exposición de helechos es asombrosa. Las variedades más raras y originales se ven allí. El primer premio lo obtuvo una mata de helecho que parecía una alfombra de terciopelo verde.

No debo dejar sin mención las orquídeas. ¡Qué difícil es adjudicar ese primer premio! Nadie queda satisfecho con su adjudicación: cada espectador tiene su orquídea predilecta. Quien prefiere una orquídea semejante a una mariposa dorada, que lleva las alas empapadas de sangre; quien prefiere una interrogación azul, como signo cabalístico que indaga el misterio del infinito. Toda la gama del color y de la fantasía cabe en esa flor que sonrío una vez por año a la caricia del sol...

No podía faltar—en estos tiempos de aplicación práctica del arte al embellecimiento del hogar—un premio al mejor arreglo de una mesa de comer. Por su sencillez elegante, nadie discute la concesión de ese premio al modelo favorecido. Es una mesa redonda, para seis personas. Suprimido

el mantel, como suele usarse hoy, cuando se trata de una mesa de madera fina y brillante. Debajo de cada plato un simple tapete protector: encima, si el asiento es para un caballero, un crisantemo; si es para una dama, un manojo de crisantemos iguales, artísticamente combinados. Al centro, un búcaro con otro ramo de crisantemos, caprichosamente dispuestos, sin seguir una simetría convencional. Y aquí o allá, ramitas finas de helecho, difundidas en los contornos. Todos los crisantemos de la mesa son color de oro viejo, profundo y mate. El color del oro resalta sobre el verde pálido de los helechos. Y nada más. Es tan sencillo, tan sobrio, y al par tan sugestivo y agradable, que dan ganas de invitar a la graciosa «girl» que a nuestro lado contempla el cuadro, para ocupar junto a ella un puesto de la mesa...

XXVIII

EL POETA MARKHAM

Nueva York, noviembre 9, 1920.

EL poeta Edwin Markham,—a quien tuve el placer de conocer hace cuatro años, en una sesión de la Poetry Society—ha ofrecido hoy una lectura comentada de sus principales poesías en el salón de conferencias del Museo de Historia Natural. Esta lectura forma parte de la serie de conferencias que, sobre diversos tópicos, ha organizado la Junta de Educación de Nueva York para propender al desarrollo de la pública cultura.

Markham frisa ya en los setenta años. Es el poeta representativo de una generación que ya hoy declina, pero su personalidad es altamente simpática al elemento joven y revolucionario que se ha lanzado por los senderos del metro libristo. El estro de Markham es sonoro y a veces vigoroso. Su poema «Lincoln» es considerado como un grito nacional.

No siempre es la poesía civil el campo favorecido por la inspiración de Markham: es también un exquisito cantor del amor y de la naturaleza, si bien en cada estrofa pone un sello de filosofía dulce y resignada. Canta a la montaña, compone baladas que según el mismo hizo notar, tienen un eco lejano de Francois Villon y de Ronsard, y dice bellas cosas en ritmo alado y elegante.

Markham amenizó su lectura con explicaciones y comentarios relativos al estado mental en que se escribió cada una de ellas, y, con sano humorismo, deslizó algunas ocurrencias en su plática. Para el público americano, la oratoria es campo feraz para el chiste fácil. Al comentar una poesía